



Dien Bien Phu fue una acción militar en la que sufrieron derrota las tropas colonialistas francesas, con su aguerrida base mercenaria, sus implacables

# DIEN BIEN PHU 18

Patricio del Dongo, en la novela sin grietas de Stendhal, viene a caer en la batalla de Waterloo lo mismo que quien se pierde en un ensayo del Living Theatre. Contempla cráteres, heridos, gentes perdidas, campesinos, muertos, húsares ajados que galopan sabe el diablo a dónde. Las batallas no las sabe nadie. Nadie que participe en ellas por la base las comprende. Sólo un jirón que nos atañe pasa ante nuestros ojos, sin sentido. De ahí que todo superviviente salga de las guerras habiéndolas vividas, pero superlativamente inconsciente de la coherencia general de sus movimientos. No hace falta leer a Clausewitz para darse cuenta de que los Estados Mayores son los que conocen el gran juego —y aun de forma abstracta— sobre curvas de nivel, agobiados por marañas de datos, partes, decididamente conocedores de que practican un arte imprevisible que sorprende no escasamente a sus autores más decisorios.

Por ello la historia militar es muy difícil, y cada hecho tarda años en ponerse en términos de credibilidad no partidaria. José Luis Cortés es un testigo de la batalla de Dien Bien Phu, y no la entiende. Para él, parla andaluz empujado por hados hambrones de nuestra posguerra a aquella encrucijada de la Historia, la batalla es una sucesión de sentimientos de horror, miedo, caos, irracionalidad completa. Esto se desprende del relato que me hizo y que transcribo íntegro, sin quitar ni poner nada.

Dien Bien Phu fue una acción militar en la que sufrieron derrota las tropas colonialistas francesas, con su aguerrida base mercenaria, sus implacables mandos de academia (vagamente maurrasianos tras sus apellidos aristocrático-rurales), su

generoso equipo y esa extrañísima moral de vencedores, que sobrevive, acrónica, en Ejército tan vastamente derrotado. Fueron vencedoras, raramente, las armas populares, manejadas por campesinos con abarcas de caucho y bajo el comando de un oscuro intelectual (quizá maestro, o abogado, o las dos cosas) llamado Giap.

No estaba previsto que la técnica y la autosatisfacción étnica francesas sufriesen descalabro. Pero lo hubo, y se abrió una etapa histórica (quizá en este momento haya entrado en una nueva fase, con la factible retirada de los norteamericanos), en la cual resulta creíble que una nación, unida en sus capas populares y decidida a hacer triunfar dos o tres cosas raíces elementales (la autodeterminación, las libertades mínimas), pueda derrotar al más poderoso Ejército del mundo. Grave lección y fuerte desengaño.

Oigamos, pues, el relato de José Luis Cortés, legionario español en Dien Bien Phu.

Yo pertenecía a la 13 DME (Semi-brigada de la Legión Extranjera), Primer Batallón. En enero de 1954, después de andar por toda Indochina pegando tiros, nos llevaron a Dien Bien Phu, que era una aldea normal, formada por un conjunto de chozas de bambú y paja de arroz. Dien Bien Phu estaba situado en un valle flanqueado de montañas. Era un valle muy hermoso. Estaba cubierto de cultivos de arroz y de árboles frutales. Por todas partes se veían trincheras y fortificaciones. Había un campo de aviación allí y otro en Isabelle. Tenían evacuados a todos los viejos, mujeres y niños de la aldea. Todo el valle estaba rodeado de defensas,

que seguían la línea de las montañas. En las cotas más elevadas se habían instalado puestos de observación y apoyo.

Y los trabajos de instalación y fortificación, pesadísimo, continuaban. Por eso yo alegué que me dolía una pierna. Me habían herido en 1951 en Ben Co (Dautieng) y yo explotaba lo que podía mis antiguas heridas. Entonces me confiaron el puesto de radio de la compañía, y yo no hacía más que copiar los partes para el capitán.

El día 28 de marzo nos dan vino concentrado, latas de «pacífico» para tres días, mucha munición. El vino concentrado venía en latas de un litro; añadiéndole agua daba hasta doce litros de vino corriente. Las latas de «pacífico» creo que eran de modelo norteamericano. Cada una contenía lo necesario para un día y para cada momento del día: carne, sardinas, etcétera, para mediodía; sopa, para la noche; papel higiénico, chocolate, caramelos, sobre y sello para una carta, pastillas de sal, etcétera. Se situaban ametralladoras pesadas en primera línea. Todos en sus puestos.

El coronel De Castries era un individuo tipo macarra. Siempre usaba camisas muy planchadas, un pañuelo rojo al cuello y manejaba muy airoso su bastoncito. Nos habló por radio desde el puesto de mando. Dijo, más o menos, así:

«Por información del Alto Mando sabemos que hoy, a las ocho, el Vietminh atacará Dien Bien Phu. Esperamos del soldado francés, del soldado colonial y de la gloriosa Legión una defensa ejemplar».

También dijo cosas que no recuerdo sobre «heroísmo», «derrota», y así.

Todos creíamos que el Estado Mayor había querido agrupar al

Vietminh para derrotarlo en una batalla frontal. Todos nos reímos mucho. ¡Va a atacar el Vietminh! Nuestras posiciones eran impenetrables. Las alambradas de tres metros de espesor, las trincheras, los fortines nos hacían sentir inalcanzables. Ninguno de nosotros había visto al Vietminh más que en plan de guerrillas, usando trampas de bambú, morteros pequeños, armas elementales. Que yo sepa, sólo en el Tonkin sacaron una vez artillería del 75; poca cosa.

Todos teníamos nuestro fusil automático M-39 nuevecito. En frente de mí nariz sólo se veían montañas cubiertas de jungla, con algunos sectores arrasados, como arados, por los bombardeos de los B-29 y por los cazas de Dien Bien Phu e Isabelle. Continuamente aterrizaban y despegaban Dakotas de suministro. Hacía un tiempo maravilloso; el cielo estaba azul, todo era silencio. Yo tuve, de repente, un miedo enorme, y se me puso carne de gallina por toda la espalda.

A las siete en punto, sin saber de dónde parte, se nos viene encima una lluvia muy espesa de obuses del 105 y morteros del 120. Vi con admiración, agarrado a mi fusil, cómo destruían en quince minutos el campo de aviación de Dien Bien Phu con todos sus aviones. Me quedé hecho polvo al darme cuenta de que nos habíamos quedado sin aviación local. Pero los altavoces de De Castries berrean todo lo que pueden y lanzan la afirmación de que toda la aviación francesa y norteamericana vendría en nuestro auxilio.

Echo un vistazo a Eliane, un monte donde se hallaba fortificado un batallón de la 13 DB. No vi más que fognazos y llamas. Después



mandos de academia, su generoso equipo y esa extrañísima moral de vencedores que sobrevive, anacrónica en un Ejército tan vastamente derrotado.

# 2 AÑOS MAS MAS TARDE

supe que el Vietminh lo había tomado en dos horas, eliminando, entre prisioneros y muertos, a todo el batallón.

A las cinco o seis de la madrugada se produce un silencio total, se interrumpe el bombardeo. El silencio me golpeó como una bofetada. Miro a mi alrededor y sólo veo destrozos. No hablamos visto a un solo vietminh.

El mando está como loco. Aquello no se lo esperaban. Viene una formación de B-29 de fuera y los cazas del portaaviones de Halphong. Bombardean las montañas todo el día. Yo estaba cansado; me metí en un agujero y me dediqué a observar. De Castries había cambiado su decorativo gorrito de Tiradores Argelinos por un casco y su atuendo postinero por un completo traje de combate. Pasea muy nervioso por los destrozos. Da órdenes y mueve las manos. Las órdenes van a los batallones, de éstos, a las compañías; los oficiales las multiplican; los sargentos, muertos de miedo, vuelven locos a los soldados. A una velocidad increíble tapan los agujeros del campo de aviación. Vienen aviones sanitarios con la Cruz Roja, y el Vietminh no les tira.

A las diez de la mañana, Giap habla con De Castries y le dice que, sin medios para curar a los heridos de Eliane, autoriza que suban sanitarios a recuperarlos. Me ordenaron participar en la operación, sin armas. Pero, por si acaso, me «encalomé» dos granadas de mano en la barriga. Nos llevamos tres camiones MG, dos «jeeps» y cinco ambulancias. Tres soldados vietnamitas detuvieron la caravana al llegar a Eliane. Llevaban unas gasas en la boca para protegerse del polvo y el hedor y el uniforme

vietminh verde, del mismo color que las cartucheras y las zapatillas de tenis con que se calzaban. Se cubrían con un casco camuflado con tela. Apareció después otro soldado, muy joven, con una cartera de cuero pendiente del cuello y una pistola. Le faltaba un zapato. Se presentó al teniente que nos mandaba como coronel, o algo así. El teniente, muy pelotillero, muy chulequillo que era, nos mandó bajar a todos y nos ordenó formar. El coronel vietminh, en tono sumamente afable, aunque con gran firmeza, nos dirigió la palabra en un francés perfecto. Hizo un ataque al colonialismo francés y nos pidió que, a nuestro regreso de Eliane, convenciéramos a nuestros compañeros de lo absurdo de toda resistencia. Debíamos rendir Dien Bien Phu; estábamos perdidos.

Eliane era un infierno polvoriento, cubierto de cadáveres despanzurados de sangre hedionda, en la que chupaban millones de moscas multicolores; sembrado de cabezas y extremidades sueltas. Pudimos ver cientos de muertos vietnamitas colgados todavía en las alambradas, como muñecos. Los heridos habían recibido ya los primeros auxilios del Vietminh y habían sido curados con una venda rosa. Nos llevamos todo (miembros, cadáveres y heridos) en varios viajes, supervisados por gran número de soldados armados con metralletas Katiuska. Al terminar nuestra labor, el teniente se cuadró frente al coronel vietnamita y todo se le volvía decir: «Oui, mon colonel; oui, mon colonel».

Se trataba, pues, de un guateque. Nos llevaron a un fortín, donde había dispuestas una serie de mesas y todas las bebidas que habían sido de la cantina. Los vietna-

mitas nos invitaban, así, a una especie de fiesta de despedida, que maldita la gracia que me hacía, con el estómago revuelto por tanta carne destrozada. Brindamos todos, con la cara más risueña que pudimos, y el coronel aprovechó la ocasión para hacernos unas consideraciones. Nos dijo algo así como que todos los pueblos tienen derecho a la paz, a la autodeterminación, a la libertad y a disponer de sí mismos. Nos pidió que retornáramos a nuestros hogares y que cada uno viviese en paz en su país natal. Fue, eso sí, implacable con los legionarios, llamándonos mercenarios al servicio del colonialismo y del imperialismo por dos mil piastras al mes. Yo miraba para mis compañeros y los muy zorros ponían cara de estar muy interesados en la lección política de aquel jovencito a quien se le había perdido un zapato en la batalla. El teniente nuestro no paró de cuadrarse —«Mon colonel», por aquí; «Mon colonel», por allá— hasta que nos montamos en los coches y regresamos a nuestra posición. A lo mejor el vietnamita aquel no era coronel ni nada y se estuvo vacilando a nuestro tenientillo todo el rato.

Durante dos días, todo estuvo tranquilo. Yo tenía la moral muy baja, y creo que lo mismo les pasaba a los demás. Al tercer día volvieron a empezar los bombardeos, y ya no sé los días que duraron, porque a partir de este momento me puse como imbécil y perdí un poco la noción del tiempo. Me mandaron, junto con mi compañía, a otra posición, al lado de un río. Había puestos avanzados completamente suicidas. Por las mañanas salíamos de las trincheras, de los blocaos y contraatacábamos. Así morían centenares de los nuestros.

## X. L. MENDEZ FERRIN

Por ejemplo, los contraataques a Eliane eran criminales. Para subir a Eliane había que pasar un puente, y allí caían los hombres como moscas. Los muertos que podíamos reunir los aplábamos y los quemábamos. ¡Qué olor, madre mía! Yo estaba muerto de miedo. Había días en que Eliane se perdía y se tomaba dos veces. Yo creo que el Vietminh se retiraba para poder así arrearnos al contraatacar. En estas operaciones yo siempre me rezagaba. Una noche me metí dentro de un bidón hasta que a la mañana siguiente se replegaban mis camaradas, los poquitos que iban quedando. Una vez no tuve más remedio que subir a reconquistar esa maldita posición. Salí vivo de milagro. Los primeros que te tiraban encima eran la aviación y la artillería francesas. Me metí de cabeza en un agujero y me dio la sensación de que el aire ardía a mi alrededor.

La aviación llegó a escasear tanto que los aviones sanitarios, con su Cruz Roja, empezaron a traer munición. Se enteró el Vietminh y comenzó a tirarles sin contemplaciones. A partir de aquel momento, ni los aviones de la Cruz Roja pudieron tomar tierra en Dien Bien Phu. En el último de ellos llegó la famosa Geneviève de Galard, una enfermera que se hizo famosa con el nombre de «el ángel de Dien Bien Phu». Sobre esa señorita tengo que decir cuatro palabras. Puedo dar fe de que jamás entró en el hospital. Estaba todo el día en el puesto de mando, tomando champagne con los oficiales. Puedo asegurarlo porque estuve llevando un «jeep» sanitario durante muchos días y nunca la vi en el hospital.

## DIEN BIEN PHU

Sobre esto aduzco el testimonio del coronel médico Grawim, que escribió un libro titulado «J'ai été le médecin de Dien Bien Phu», y en el cual se me cita por mi nombre: José Luis Cortés. En cambio hay que decir, en honor de la justicia, algo que nunca se dijo. Y es que en Dien Bien Phu había unas ciento cincuenta prostitutas de la Legión (ocho de ellas europeas) que se dedicaron abnegadamente a curar heridos y a buscarles agua con riesgo de sus vidas. Esas magníficas mujeres anónimas fueron los verdaderos ángeles de Dien Bien Phu, y no la otra señorita estridada.

La historia de cómo fui a parar al hospital y a conducir un «jeep» sanitario es muy sencilla. Todos los hombres de mi compañía murieron, o bien, se perdieron por ahí adelante. Por ejemplo, «Johnny Bujarra», un tipo de Valladolid, que se puso mal de la cabeza y se lió con unos vietnamitas viejos, con los que comía y hablaba todo el día. Yo no tenía a dónde ir y andaba de un lado para otro. En esto cayó una granada y la metralla me alcanzó en un tobillo, metiéndome dentro algún hierro y dejándome todo ennegrecido. Me fui a la pata coja hasta el hospital. Un enfermero, con un gran babero ensangrentado, me dijo:

—Hala, no te quejes. Eso es un rasguño. Coge vendas de ese cajón y ponte polvos de sulfamidas.

Me dolía muchísimo. Me senté en el suelo y, apretando los dientes, saqué toda la metralla que pude. Después me quedé dormido, tuve quizá fiebre. Al despertarme empecé a cavilar. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? Estaba seguro de que si volvía al batallón me matarían. El pensamiento de la muerte me llenó de rabia y de tristeza. Lloré, pensando en mi infancia, en mis amigos. Y, por último, decidí quedarme, como fuera, en el hospital. Sobre el hospital había unas sábanas con la Cruz Roja pintada y el Vietminh lo bombardeaba. Así, pues, me puse a enrollarme con los heridos, a moverme de un lado para otro con la diligencia que me permitía mi pie dañado, a dar la sensación de que era de la casa. De todos modos no veías más que torniquetes, muñones por todas partes. Y un olor pestilente, pues a lo mejor pasaban cinco días sin que le cambiasen las vendas a la gente. Me hice en seguida amigo de un enfermero italiano, de nombre Sioni, que me curó bastante bien el pie y me puso la antitetánica. Este italiano era un buen tipo; se le había puesto el pelo blanco en quince días.

Sioni fue el que me dio la idea de las botellas. Me contó que las cajas que tiraba la Cruz Roja en paracaídas, muchas veces no contenían plasma y medicinas, sino salchichón y bebidas. Pero con esas se quedaba el puesto de mando y los heridos ni las oían. Me dediqué

a localizar alguna de estas cajas y vi un campo minado con una serie de ellas. El monzón lo había inundado todo (tanto, que las trincheras eran lagos y los soldados tenían que dormir sobre cajones, encogidos) y se veían sobresalir las minas un poco. Le eché corazón a la cosa y me metí por entre las minas. Até una caja con una cuerda, regresé a sitio seguro y la fui arrastrando. Tuve suerte. Contena comida y bebidas, que Sioni escondió convenientemente. Pero un día nos emborrachamos como cerdos. El coronel Grawim (un tipo gordo y calvo que se pasaba curando heridos y operando día y noche, sin dormir, todo a base de pastillas) nos pidió, por favor, algo de bebida y terminó, junto con otros médicos jóvenes, borracho como una cuba. Después escribí en su libro que el heroico legionario José Luis Cortés exponía su vida para recuperar cajas de plasma caídas en los campos de minas. ¡Y lo único que yo buscaba era la prisa, vamos! Así se escribe la Historia.

Pero la vida en el hospital llegó a hacerse insoportable. En una

fosa tirábamos los cadáveres y los miembros amputados. Los cubríamos de cal y los tapábamos con tierra. Una noche fui a «jifiar» a la fosa (vamos, a defecar) y, cuando estaba en lo mío, oigo a un «muerto» quejarse. Se lo fui a decir a Grawim, que nos obligó a remover toda la pila de cadáveres hasta encontrar al vivo, que, por cierto, se curó más tarde y era un muchacho de Cambados (Pontevedra). El monzón lo llenaba todo de agua. El calor húmedo lo corrumpía todo. En las heridas se criaban unos gusanos gordísimos que teníamos que retirar con pinzas o con trocitos de bambú. No se podía dormir en el hospital. Toda la noche había gritos: «Agua», «Me muero», «Monique», «Mamá» y cosas de este tipo. Durante el día andaba por todas partes con el «jeep», recogiendo heridos. Alguno se me perdía por el camino, porque el coche venía siempre abarrotado.

Un día, desesperado, me metí las manos en los bolsillos y me puse a vagar sin rumbo, pensando seriamente en volver a las trincheras. Me encontré con unos vietnamitas

«Al tercer día cesaron los bombardeos y vimos una masa verde que avanzaba. Era el Vietminh al asalto, una cosa sobrehumana, oleadas y oleadas corriendo y disparando al mismo tiempo. Caían unos y avanzaban otros...»



de los comandos de primera línea que iban dando vueltas como borregos, sin saber quién los mandaba, mezclados con otros vietnamitas prisioneros. (Los prisioneros se conocían en que llevaban PG —prisionero de guerra— pintado en las piernas, en el culo y en la espalda). Después apareció, detrás de un cajón, un sargento arrastrándose, que me vio y me suplicó que le curase. Iba a llevarle al hospital cuando le reconocí: era un alemán que se había ganado el odio de todos los legionarios por su sadismo. Ahora lloraba como una nenita, el gran criminal. Vi que sólo tenía un poco de metralla en un muslo y le mandé al diablo. Después me encontré a diez o doce individuos con sacos de munición, partes, recados, de un lado para otro, preguntando por ése o por aquél, agitados, hechos un lío porque nadie sabía dónde estaba nadie. Pero lo más famoso eran las tropas de refuerzo parachutadas la noche anterior. Eran jovencitos, limpios y afeitados, que recorrían Dien Bien Phu con angustia, sin saber a dónde ir, preguntando:

—¿Dónde se come? ¿Dónde se duerme?

Todo el mundo se «cofeaba» de ellos y les quitaba las botellas. Alguno se metía en un rincón y lloraba. Eran como reclutas.

Al final de mi paseo me encuentro con el teniente Martínez, de Casablanca, que me conocía y me apreciaba bastante. Me pidió, por favor (¡qué cosas!), que me quedase en su compañía para ir a relevar a unos árabes que estaban resistiendo junto al campo de aviación. Porque, a todo esto, el Vietminh estaba ya dentro del valle, casi tomando el campo de aviación. Yo acepté y me fui a Intendencia a recoger «pacificos» y un pan verdoso que daba asco. Después, al reunirme con la compañía, me encontré a René, a mi amigo René, el yugoslavo, al que conocía desde Marsella, cuando nos enganchemos los dos en la Legión, y con el que había pasado tan buenas juergas y tantas horas jugando a los montones y fumando rama. Nos pasamos la tarde bebiendo una media botella de chun, hablando de los bulos: de si venían columnas de Laos a socorrernos, de si el enemigo tenía no sé cuantas bajas y estaba a punto de retirarse. En el fondo no creíamos una palabra de todos esos «macutazos».

Aquella noche, cuando dormíamos sobre las cajas en la forma que ya he explicado, nos ordenaron salir de las trincheras y arrastrarnos hasta la posición avanzada. Allí estaban los árabes resistiendo desde hacía diez días, con grandes barbas, con los heridos sin curar, bebiendo cieno porque incendiaban el río con gasolina. Los relevamos y allí estuvimos recibiendo bombazos durante tres días.

Al tercer día cesaron los bom-



El general De Castries, con su Estado Mayor, tras cincuenta y cinco días de lucha, dieciséis mil bajas entre muertos, heridos y desaparecidos, se rindió el 7 de mayo de 1954 al Ejército popular, el Vietminh. En la foto inferior, miles de soldados franceses y mercenarios abandonan las trincheras y se dirigen, vigilados por los vencedores, hacia los campos de prisioneros.

bardeos y vimos una masa verde que avanzaba. Era el Vietminh al asalto, una cosa sobrehumana. Me quedé helado. Eran oleadas y oleadas corriendo y disparando al mismo tiempo. Caían unos y avanzaban otros. Parecía un sueño. Ahora me doy cuenta de que debo ser uno de los hombres del mundo que haya matado a más gente (con bala, claro). Por la noche lanzaban bengalas y seguían con los asaltos. Al apagarse las bengalas tiraban alfombras sobre las alambradas para salvarlas o intentar salvarlas en una masa incesante, como el mar. En un alto, nuestro teniente debió volverse loco. Se puso de pie con

sus gafas, su pistolita, su bastón. Parecía un estudiante más que un legionario.

—A l'assaut, à l'assaut! —chillaba a voz en cuello.

Le liquidaron en seguida. Nos quedamos reducidos a veinte hombres. René y yo nos metimos en un puesto de tirador con una ametralladora del 12,7. Disparábamos día y noche, nos intoxicábamos de pólvora, nos volvíamos majaras. Yo no tenía ya ni capacidad para tener hambre, ni miedo, ni nada. Me sentía como una máquina, como un elemento más de la ametralladora.

Se produjo un momento de cal-

ma y recuperé el hambre y la sed. René encontró una lata de paté herrumbrosa y yo la abrí con una machete americano roto que llevaba siempre conmigo para estos efectos. Nos sentamos y decidimos volvernos lo más cerca posible del puesto de mando de Dien Bien Phu. René, en esto, se levanta para buscar algo de beber; va con el cuerpo algo descubierto; cae una granada de mortero del 120. Corro a su lado y le encuentro con la cadera destrozada, los intestinos al aire, las piernas pulverizadas. Tomo un trozo de tienda lleno de barro y le cubro el abdomen; empiezo a hablarle. René me mira muy

triste y dice que se muere. De repente veo venir contra nosotros un grupo Vietminh al asalto. Cojo mi metralleta; apoyo el cañón en la cabeza de René; cierro los ojos y le suelto una ráfaga. Me escapo, me escondo. Cuando me di cuenta, estaba llorando como con berridos, como en convulsiones.

Se hizo de día. Los cazas, en vuelo rasante, lanzaban cohetes y bombas contra el Vietminh. Me volví, muy tranquilo, junto al cadáver de mi amigo. Sin importarme nada salí de la trinchera, muy despacio, y tomé un paracaídas del suelo. Con él envolví el cuerpo de René. Abrí una fosa, trabajando, casi sin fuerzas, durante dos horas. Puse el nombre y el número de matrícula dentro de una botella de cerveza y la enterré con él.

Por la mañana estaba adormilado, esperando a que me hiciesen prisionero. Oí hablar vietnamita y vi a tres soldados, con gasas en la boca y uniforme Vietminh. Pego un bote, pongo las manos en la cabeza y chilló:

—¡Prisonier, prisonier!

Me quitaron las armas y me enviaron al segundo bloque a la derecha. Iba caminando con las manos en la cabeza y, en esto, veo pasar un oficial vietnamita sangrando por la boca y llevado por dos soldados.

—Anai, moi prisonier —le digo en un todo suplicante.

Ni caso me hacen. Intento ayudar y me separan con un culatazo, pero permiten, al fin, que les eche una mano. Así llegué hasta las trincheras del Vietminh, muy hermosas y anchas, por las que circulaban pequeños coches soviéticos del tipo «jeep». Me condujeron, después, a un punto de reunión de prisioneros. Me interrogaron. Dije que era casado, italiano, que había estado, durante toda la guerra de Indochina, en Salgón y en Argelia. Todo mentira. Una muchacha preciosa, muy seria, nos dio una hoja de banana a cada uno con un puñado de arroz y cinco cacahuetes. Nos miró con frialdad.

—Nuestros soldados tocan hoy a tres cacahuetes —dijo sin sonreír.

Vino después un médico muy joven, con una forma de hablar como del Barrio Latino, que nos gastó algunas bromas y curó a los heridos en vivo.

Era el 24 de abril de 1954. Para mí había terminado la batalla de Dien Bien Phu y empezaba otra aventura: la de prisionero de los vietnamitas hasta que el armisticio nos devolvió a Francia.

No creo que valga mucho la opinión de un aventurero como yo, pero estoy seguro de que la superioridad moral del pueblo vietnamita (comprobada por mí a lo largo de un durísimo cautiverio) obligará a retirarse de aquellas tierras a los norteamericanos, de la misma manera que nos obligó a nosotros.

■ X. L. M.-F.